

¿DESCUBRIMIENTO? *

Germán Arciniegas **

Una vez más -¿y cuántas han sido?- se anuncia el descubrimiento de este mundo nuestro que está por descubrir. Nos acercamos al quinto centenario del viaje de Colón y hasta los tártaros, los que hasta ayer más nos ignoraban, nos quieren descubrir y conquistar. Padece-mos de un raro afán de que nos descubran, de que sepan quiénes somos, cuando de que esto ocurra más son los riesgos y peligros que podemos correr que sus ventajas.

Gonzalos Hernández de Alba buscaba, en estos días, alguna noticia de lo que se hubiera hecho en Bogotá en 1792 para celebrar el tercer centenario. Escudriñó en la gaceta de la época y pudo constatar que nadie había caído en la cuenta. Entonces en Europa y en América, sabios y estudiantes estaban descubriéndonos. La comprobación general conducía a que España nos había cubierto por tres siglos y vinieron suecos, austriacos, franceses, alemanes, italianos, en misiones científicas, averiguando qué plantas había en América, cómo eran las flores, para qué servían sus raíces o las cáscaras de sus troncos, como si en 1500 nada se hubiera revelado y, de ahí en adelante, ¡todo cubierto! Seguía siendo esto el fantasma que denunció en la noche que sabemos, Rodrigo de Triana, dando el anuncio que no le valió ni las albricias.

Los más sorprendidos en el siglo XVIII eran los españoles. Cuando dos ingenieros de la península acompañaron a los franceses de la Condamine, se dieron cuenta del infinito que faltaba por conocer, y después de que se supo el tamaño de un grado sobre la línea del Ecuador, se quedaron para conocer el tamaño de los indios, las mujeres, los frailes y los jueces. Sus memorias produjeron tal espanto que las dieron por secretas. El día que se publicaron, se las utilizó para la independencia. Todo lo que

salía de las tinieblas americanas producía como un agrandarse de todas las medidas y las cosas. De saber el tamaño de uno de los 360 grados de la circunferencia en el Ecuador, surgió simbólicamente la invención del metro con sus milímetros y sus kilómetros.

Pasaron cien años, y europeos y americanos, menos sabios que los del setecientos, ¡se acordaron de Colón! Y fue para mal. Reivindicaron para él el descubrimiento y se olvidaron de América. Cuando ordenaron las fiestas, se les pasó por alto la América Española y montaron tres exposiciones: una en Sevilla, otra en Génova y otra en Chicago. Lo esencial era saber si el almirante había nacido en Génova o en Pontevedra, si sus huesos estaban en Sevilla o habían ido a parar a Santo Domingo. De estas polémicas quedaron los libros de mayores dimensiones de la época y alegatos que siguen llevándose a congresos de americanistas...

Más importantes fueron las no celebraciones del setecientos que las cumplidas del ochocientos, las primeras con el olvido de Colón y las segundas con el nombre de Colón como mascarón de proa. Del setecientos salió un reconocimiento científico que le dio a los americanos una primera aproximación a la conciencia de su propia identidad. En Bogotá o en Lima, en Quito o en Caracas, quienes con Humboldt o con Mutis o con Pabón, habían recorrido caminos de flores o visto de cerca los insectos, pasaron a soldados de la independencia.

Si para 1992 preparara América su gran espejo, si en vez de multiplicar estatuas de los reyes de católicos, réplicas de Santa María, libros de Colón, tratara de proyectarse la propia imagen del Nuevo Mundo, podría verse y tomar conciencia del fabuloso cambio producido en todas las cosas desde el día en que América surgió como la cuarta parte en una planeta de tres: Europa, Asia, Africa. No sólo se agrandó la

* Tomado de VISION, 10 de marzo de 1986

** Nació en Bogotá el 6 de diciembre de 1900. Diplomático, catedrático, escritor, ha publicado más de 40 libros, y ha dirigido, además, diversas revistas y periódicos. Parlamentario, ministro de Educación en dos ocasiones, embajador extraordinario y plenipotenciario, Arciniegas ha recibido numerosas condecoraciones en varios países de Latinoamérica.

tierra, no sólo donde había un océano quedaron dos -el Atlántico y el Pacífico-, no sólo quedó como único continente independiente éste nuestro que va del polo norte al del sur entre los dos mares grandes del planeta, sino que todo tomó una velocidad desconocida en los siglos anteriores. Vista Europa, de 1500 hacia atrás, la encontramos rudimentaria, crédula, parada en la contemplación de sí misma, con un arte de sólo dos dimensiones, primitiva y sin ciencia ni conciencia universal, que en 1493 echa a andar por el camino que abrió Colón, con el nuevo continente que anunció Vesputio, como si todo el globo fuera un mundo nuevo y todo hacia atrás, precolombino. Aunque resulte paradójico, hoy estamos viviendo uno de los tiempos en que más desconocida resulta para nosotros nuestra América, sometidos al bombardeo de revoluciones euroasiáticas, africanas y aun americanas, que tienden sobre nuestros horizontes una serie de velos tupidos y oscurecedores. Trabajamos más que antes con instrumentos o filosofías que no corresponden a nuestras propias necesidades de estudio y exploración. Quienes deben estar preocupados por esta distorsión somos nosotros mismos. Es increíble que una tierra de nuestra dimensión, nuestra pobla-

ción, nuestros recursos, figure más que en ningún otro, en los cuadros de endeudamiento. Nos llevaron a esta situación de penosa dependencia corrientes internacionales a las cuales no fuimos capaces de sustraernos, como han sido corrientes internacionales las que nos empujan por el camino de la droga o la violencia, sin que nos mostremos capaces de surgir apoyados en los recursos de nuestra propia personalidad histórica, humana, económica, política y social.

¿Descubrimiento? El que hagamos de nuestra propia entidad. En el siglo XVIII se fue de uno que parecía el primero, a la independencia. Cosa natural, porque quien descubre se apasiona con el hallazgo, ve que hasta sus flores son distintas y las cáscaras de sus árboles tienen un valor que se ignoraba. Se publicaron las *Memorias Secretas* de Jorge Juan y Antonia de Ulloa, se supo de las quinas y las plantas medicinales de América y entró la gana de explotar, para nosotros mismos, lo que teníamos por descubrir. Con esa convicción los sabios se hicieron matar y se crearon ejércitos que derrotaron imperios. Si ahora nos descubriéramos...